

# Wiedemann, un itinerario plástico

Escribe: MARIO RIVERO

La conquista del espacio y la conquista del plancton, del mundo estelar y el microbiano y la conquista del propio mundo subjetivo expresivo, se constituyen, hoy por hoy, en argumento de asombrosa objetividad dentro de la más radical concepción de la pintura moderna: la no figurativa.

Guillermo Wiedemann llega a la no figuración por un desarrollo lógico: nada más natural que este lento crecimiento suyo hasta llegar a la expansión y final, que culminó en la abstracción como el más normal epílogo de una pintura figurativa, sobre la cual su vigilante conciencia artística, sentiría planear cierto sentido de oclusión y negatividad. Si estaba deseoso cada vez más de suprimir las alusiones al asunto, a lo perceptivo, si necesitaba, además, una más irreductible culminación del acto mismo de expresión, mediante nuevas formas no tomadas del mundo natural, antes o después, debería llegar a lo abstracto.

Atraído, en sus comienzos, por la expresión de colores y formas inéditos, y por el interés de descubrir órdenes intelectuales nuevos, dentro de lo que un lugar común ha llamado “el embrujo del trópico”, Wiedemann lo toma como tema principal, aunque sin pintoresquismo, es decir, en su significado, más que en su leyenda y partiendo de esta materia prima, crea un mundo, cuyos valores y significados sobrepasan lentamente a su experiencia original, hasta llegar a trascender las limitaciones de esa misma experiencia. Poco a poco, entonces, el tema retrocede y la pintura viene a ser más importante que la cosa pintada; formas y colores, aunque todavía extraídos del tema, son llevados al cuadro por lo que valen en sí mismos, más allá de sus valores pintorescos, y como es lógico, a medida que el artista maneja estas for-

mas, todavía no abstractas, pero sí cada vez más espiritualizadas y abstractizadas, las posee mejor, las conduce a otra totalidad, dentro de una poesía visual, decorativa y sumamente sensible. Su abstracción pues, no es absolutamente rigurosa y purista, pero sí proporciona a su obra una estabilidad y solidez plástica, que le permitieron prescindir del apoyo lineal y donde los elementos de forma y color debidamente fundidos y fluidificados, se orquestan en una composición de cautivante ritmo lírico.

Guillermo Wiedemann fue pues lo que en jerga plástica se define como abstracto-lírico, puesto que las relaciones de formas, tonos y calidades, correspondieron infaliblemente a una proyección sentimental. Este conocimiento ayuda a seguir las secuencias de su pintura, que fue desde la figuración clásica hasta las vanguardistas acrobacias de la abstracción geométrica; pero lo que para algunos se convierte en fórmula para no seguir profundizando y en amplio manto para disimular las imperfecciones y carencias fue para Wiedemann una honda toma de conciencia y un gran momento de descubrimiento y afirmación: quiere expresar en términos puramente visuales, pero en esa actitud en que luchaban la lucidez con la pasión subsiste siempre una reserva, una relación obstinada con la vida, con sus emociones, sus conflictos y su sentido patético y esta cuota de subjetividad que lo interfirió constantemente, le permitió también alcanzar cifras y valores de una realidad incesantemente mágica.

Empezó utilizando la acuarela, como medio esencial de expresión, y dentro de este procedimiento caracterizado por la dificultad de sus medios que impiden la superposición de capas y el retoque, se manifestó como un artista capaz de lograr los más sutiles, ricos e intensos efectos. Vino después el gusto por lo folclórico, un folclorismo honesto, serio, con plasticidad pero todavía viciado de "extranjerismo": se proyecta sobre el Chocó, sobre el elemento negro, sobre la vitalidad del vasto *hinterland* americano. Ya por entonces trabaja con imaginación y disciplina, con intuición y amor. Sin embargo, empezaba a distanciarse rápidamente de la misma realidad que intentaba captar. Comienza a trabajar óleos donde el color y la forma son ya la base fundamental: hay una gran pureza de propósitos y de composición; hay profundidad, amplitud, inagotables posibilidades. Wiedemann ha creado una síntesis de las esencias de esta América de fábula que es ahora su patria, y camina rápidamente hasta colocarse en su verdadero destino de pintor abstracto, con la ensambladura

perfecta de formas básicamente geométricas, planos vigorizados sutilmente por el color, sin que se produzca una ruptura y con una solidez estructural alimentada por un cromatismo que bulle con fuerza activa en amarillos y rojos que dinamizan la composición, mientras los negros sofocantes la inmovilizan, la amenazan...

Todo en Wiedemann, la modulación de las formas (que constituyó su poética) el sentido de los propios límites (que constituyó su tacto artístico) y su pasión de artista excepcional que le permitió descubrir a través de un complejo y esforzado itinerario, el otro término de la operación plástica, lo calificaron como el más alto exponente de la pintura abstracta en nuestro país.